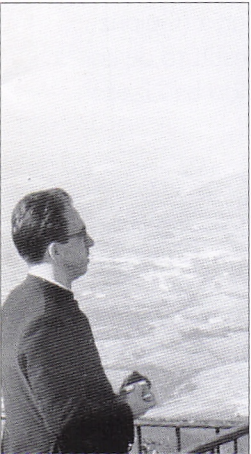
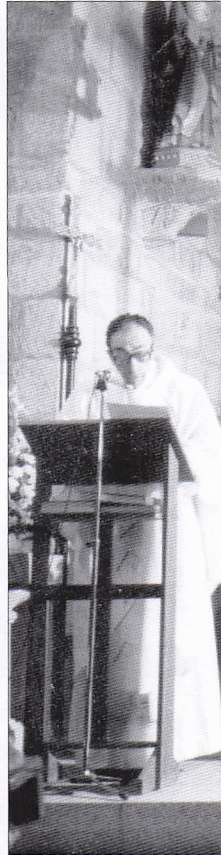
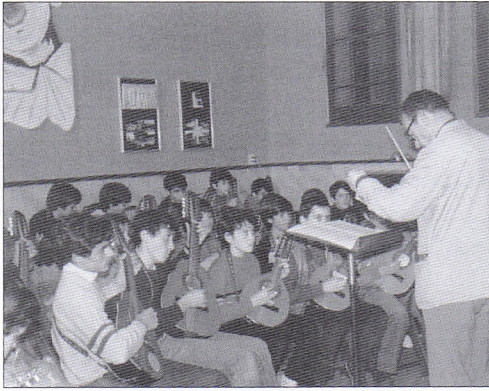


41413 208

Comunidad Salesiana del Tibidabo • Cumbre del Tibidabo • 08035 Barcelona



Después de una generosa vida de sacerdote y educador; caracterizada especialmente por una profunda fidelidad a sus compromisos religiosos, fue llamado a la casa del Padre el 10 de agosto del 2003, a los 76 años de edad, 59 de profesión religiosa y 49 de sacerdocio,

José María Uranga Arambarri

Salesiano sacerdote

Muchos miembros de la Familia Salesiana –salesianos, salesianas, cooperadores–, adoradores y fieles de nuestra Parroquia y Templo del Sagrado Corazón y, de una manera particular, todos los antiguos componentes de



su Escolanía recordarán su figura de maestro de música, entregado en cuerpo y alma a servir al Señor y a la Congregación con su servicio generoso en ese campo de la música sacra. Entusiasmo y fervor provenían de su fe profunda y de su celo sacerdotal: ora en los ensayos, ora en la ejecución directa, ora en el altar celebrando sus misas, ora adorando ante el Santísimo... ora tocando el órgano. Siempre en su sitio, atento, servicial, responsable, sacrificado –profundamente y silenciosamente sacrificado–, sin regatear nunca nada que pudiera favorecer el esplendor de los actos litúrgicos.

I. Etapas de su vida

Don José María había nacido en la guipuzcoana villa de Azcoitia (Guipúzcoa), que tantas vocaciones ha dado a la Congregación y al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, el 8 de septiembre de 1926, siendo bautizado a los dos días en la iglesia parroquial de Santa María la Real.

A los pocos años perdió a su padre.

Fue alumno del colegio salesiano *Floreaga*, donde muy pronto sintió la llamada a seguir al Señor en la familia de Don Bosco.

En efecto, a los 13 años ingresaba –con otros compañeros de Azcoitia– en el Aspirantado de Huesca –calle Heredia– (1939). Al año siguiente pasó a Sant Vicenç dels Horts (Barcelona) donde completó su formación humanística. Allí mismo hizo también el noviciado que culminó con la profesión temporal el 16 de agosto de 1944.

Ya salesiano, hizo los cursos de Filosofía en el Estudiantado de Girona (1944-1946).

Destinado a Valencia, volcó todas sus energías e ilusiones apostólicas a favor de los jóvenes durante el trienio práctico que llevó a cabo en la comunidad y obra de la calle Sagunto de Valencia (1946-49). Dotado de buena voz, buen deportista y con ánimo siempre alegre y optimista se granjeó fácilmente el aprecio de sus alumnos.

Regresó a Barcelona para los cuatro cursos de formación teológica (1950-53) en el recién estrenado Estudiantado Teológico *Martí-Codolar*.

Años fecundos, alegres e intensos, bajo la serena y salesianísima dirección del santo y original don Juan Alberto.

Recibió la ordenación sacerdotal el 4 de enero de 1954 en la cripta del Sagrado Corazón del Tibidabo de manos de Monseñor Fray Matías Solà, capuchino, obispo titular de Colofón, oficiante bastante habitual, en aquellos años, por lo que al Sacramento del Orden se refiere.

Tras la ordenación y la Primera Misa, pasó unos meses en la comunidad de Mataró reforzando su salud cuyo quebranto se había manifestado ya en Valencia, durante el trienio práctico. Ese mismo año, en agosto, fue destinado al Noviciado de Arbóç del Penedés (Tarragona), como Asistente de novicios. Durante diez años (1954-1964) actuó, pues, de compañero, amigo y formador de centenares de futuros salesianos que tuvieron la suerte de contemplar en su persona todas aquellas cualidades salesianas que las Constituciones auspician para los que quieren trabajar en la viña de Don Bosco. Don José María colaboró leal y generosamente, durante ese tiempo, con dos Padres-Maestros: primero, con don José Félix Pintado (que luego iría a Ecuador como Inspector, siendo, más tarde, designado Obispo); y después con don Vicente Ballester. A propósito de esa década, José María Galofré nos ha enviado la siguiente aportación:

Durante los veranos de los años 1955, 56 y 57 tuve la oportunidad de convivir con José María Uranga, en Arbóç del Penedés, noviciado de nuestra Inspectoría. Yo estaba haciendo la teología en La Crocetta (Turín) y el entonces Inspector –nuestro querido don Tomás Baraut– me mandaba durante el verano a Arbóç para ayudar un poco al asistente de novicios –José María Uranga– y hacerle de paso otro poco de compañía... También lo aprovechamos para hacer un modesto Oratorio festivo con algunos chicos del pueblo... El gran regalo de esa experiencia veraniega fue poder compartir trabajo, asistencias y vida salesiana con don Uranga –de quien yo más dependía– a través del Padre Maestro y sus indicaciones.

Tuve ocasión de admirar su espíritu de sacrificio y su presencia constante entre los novicios: una presencia de compañero y amigo, de orientador amable, que sabía pedir y hacerse ayudar por aquellos novicios llenos de buena voluntad... Vida sacrificada en la asistencia al dormitorio en aquellas noches de verano, plagadas de mosquitos... (El famoso es-

tanque del noviciado era, durante el verano, una perenne fábrica de insectos que luego se cebaban por la noche en los novicios y en su asistente... El "flit" desinfectante y, más tarde, unas modestísimas mosquiteras intentaron –sin conseguirlo del todo–, paliar un poco los devastadores efectos de aquellas razias nocturnas...).

José María disimulaba con gracia y buen humor esas mortificaciones modestas –pero constantes durante todo el verano–, resaltando los aspectos cómicos de aquellas “noches toledanas”.

Dígame lo mismo con relación a la comida del noviciado que lógicamente adolecía de cierta repetitividad y monotonía durante el verano. Tomates y melones. Tomates en el desayuno, tomates en la comida, tomates en la cena. Eran baratos y buenos y no había que comprarlos lejos... (Y se hacían conservas de tomate que duraban todo el año...). Los melones se compraban en el vecino pueblo del Gornal, se guardaban –bien aireados–, en las dos torres del noviciado, y eran postre seguro para mucho tiempo... Pues bien, los posibles inconvenientes de esa alimentación monotemática eran tema de sana hilaridad para don Uranga y sus muchachos... (Años más tarde, cuando nos reencontrábamos los dos –incluso en sus días de Martí-Codolar–, siempre reconsiderábamos con humor aquellas “tomacaes” i “melonaes”, como solía apodarlas José María, de los días de Arbóç...).

Detalles sencillos, modestos y hasta simpáticos. Pero que manifiestan el grado de callada mortificación que hubieron de soportar –como don José María– todos aquellos hermanos que estuvieron en casas de formación, especialmente durante aquellos años...

Del 1964 al 1966 lo encontramos como miembro de la comunidad de las Escuelas Profesionales de Sarriá y administrador de la casa, en medio de la complejidad de todas sus secciones y actividades, justamente el año en que se había procedido a la división de la obra de Sarriá con una comunidad dedicada a los Estudiantes y la otra a los Artesanos.

Al acabar este bienio, es destinado a la nueva Residencia Escolar Belloc de La Roca del Vallès (Barcelona), obra social para estudiantes de Bachillerato, puesta en marcha por la antigua Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona, que la confió a los Salesianos. A don José María se le enco-

mendó la animación de la comunidad salesiana y la dirección de la institución educativo-pastoral en sus primeros pasos (años 1966-71): una obra a tiempo completo como externado e internado y centro escolar durante el curso y casa de colonias durante los dos meses de verano.

Después es destinado a la comunidad de Tremp (Lleida), donde desarrolla su acción pastoral durante el trienio 1971-74 con los jóvenes de aquella obra educativa. De allí pasó a la casa de Ciudadela de Menorca, en la que desplegó, asimismo, su celo apostólico durante otros cinco años (1974-79), en el Santuario de María Auxiliadora.

En todos estos campos de acción, vivió su vida sacerdotal y religiosa con energía, sencillez, humildad y callada entrega al Señor y a los jóvenes, en las tareas ordinarias de toda casa salesiana.

Tras este recorrido, recaló en la Obra del Tibidabo, de cuya comunidad formó parte durante 24 años (del 1979 al 2003), la etapa más larga de su vida. Aquí, su campo específico y más querido fue la Escolanía, que dirigió y cuidó con abnegación, amor y sacrificio catorce largos años (1979-1993), hasta su clausura, debido a las dificultades surgidas para su continuidad. El Templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, su misión y sus variadas actividades pastorales llenaron las expectativas y proyectos del sacerdote y del consagrado que era don José María, quien las asumió y vivió con celo e ilusión. ¡Cuántas horas ante la Eucaristía, en la Adoración Nocturna, en el altar; conviviendo con los chicos, dando clase, preparando la música y los cantos de las celebraciones litúrgicas y las fiestas salesianas! ¡Cuántas horas de ensayos con la escolanía y con su rondalla! Y todo, sin hacerse notar...

2. Rasgos de su personalidad

Don José María fue un hombre fiel, gran trabajador (se levantaba muy temprano), austero, desprendido, observante, cuidadoso, algo reservado y de genio vivo. Preparaba las celebraciones y la predicación con todo esmero (tenía escritas a máquina las homilías de todos los domingos de los tres Ciclos...). Era un maestro de canto y de música instrumental práctico, perseverante e insistente; muchos de sus novicios y exalumnos se han

animado a estudiar música y aprender a tocar diversos instrumentos, gracias a su estímulo.

Era hombre de convicciones profundas. Sus novicios recuerdan cómo les inculcaba, entre otras cosas, *obrar siempre por convicción*. Entre sus papeles hemos encontrado esta ficha sobre la vocación que transcribió sin dejar la cita, pero que refleja su cuadro de valores y sus propósitos de vida.

Este es el futuro de los que supieron decir "sí" y no volvieron la vista atrás: «Yo les doy la vida eterna, no perecerán para siempre, nadie los arrebatará de mi mano». Y son muchísimos los que se esfuerzan por vivir sin alardes un cristianismo entero, aunque nos llamen más la atención las defecciones de algunos. En el silencio de una vida humilde, sin ruido ni teatro, se esconden almas grandes que, a diario, entran en la vida eterna por la puerta grande: «Yo, Juan, vi una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, raza, pueblos y lugares, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos» (Ap). Esto nos llena de optimismo y nos anima a seguir en la brecha, luchando audazmente por vivir las exigencias de nuestra vocación en el quehacer diario.

Gran devoto de la Virgen María, sobre todo en los últimos tiempos no abandonaba el Rosario, supliendo de este modo la recitación del breviario.

3. La última etapa

Poco a poco, la diabetes fue minando la salud de este gran luchador. Afectaba a su estado general y a la visión, limitando sus posibilidades de lectura. Comenzaron los comas diabéticos severos, obligándole a un cuidado estricto en la medicación. Lo cual influyó también en su estado anímico y redujo su actividad.

Sin dejar de pertenecer a esta Comunidad, para poder ser atendido más de cerca, en julio del 2000 se trasladó a la Residencia *Mare de Déu de la Mercè* de Martí-Codolar, donde tuvo períodos mejores, aunque se fueron repitiendo los episodios diabéticos. Allí ha pasado estos tres últimos años

en relativa calma hasta este verano, en que restos de una neumonía doble, no bien curada, y las secuelas de anteriores descontrol de la diabetes, aconsejaron su internamiento en la Clínica del Pilar. Se recuperó algo y regresó a la Residencia, pero un repentino agravamiento exigió su vuelta a la Clínica en la primera semana de agosto. Un proceso rápido –tres días– terminó con la trayectoria de este gran luchador y creyente, que esperaba con serenidad y confianza su paso a la presencia del Padre.

En el discurso de clausura del Capítulo General XXV Don Pascual Chávez, hablando de nuestro deber de tender a la perfección, dijo: **“Dios debe ser nuestra primera ocupación”**. Creemos sinceramente que don José María Uranga tuvo muy claro, en toda su vida, que Dios era su primera y principal **“ocupación”**. Dios estuvo siempre al principio y al final de todas sus obras y apostolados: fue su Alfa y Omega de toda su vida salesiana. Aprovechemos e imitemos su ejemplo.

Él es, con don Ángel García, que falleció cinco meses antes, nuestro nuevo intercesor ante el Padre: vivió y gastó su vida por Jesucristo Resucitado y por su Reino. Según la promesa de Don Bosco ya goza de la gloria prometida a los servidores fieles y leales.

Rogad por esta comunidad y por nuestro trabajo modesto y sincero de extender el reino del Corazón de Jesús entre los hombres de buena voluntad.

La Comunidad Salesiana del Tibidabo

4. Datos para el Necrologio

Josè María Uranga Arambarri

Nació en Azcoitia (Guipúzcoa), el 8 de septiembre de 1926.

Hizo la primera profesión en Sant Vicenç dels Horts (Barcelona) el 16 de agosto de 1944.

Fue ordenado sacerdote en el Tibidabo (Barceona) el 4 de enero de 1954.

Murió en Martí Codolar (Barcelona) el 10 de agosto de 2003, a los 77 años de edad, 59 de profesión religiosa y 49 de sacerdocio.

